

## Asturias en la obra poética y narrativa de Alfonso Camín

Del nutrido grupo de escritores que forman parte de la historia literaria asturiana muchos nombres merecen ser recuperados para la memoria colectiva. Éste es el caso de Alfonso Camín, gijonés nacido en Roces en la última década del siglo pasado. En tierras americanas, adonde emigró en 1905, cuando sólo contaba quince años, se fue formando su espíritu creador y literario mientras trabajaba asiduamente en periódicos de La Habana y Méjico. Poeta y novelista de formación autodidacta —y también bastante ecléctica— publica sus primeros versos y sus primeros artículos en *La noche*, en la revista poética *Apolo* —que él mismo funda en 1915— y en el cubano *Diario de la marina*, del que llega a ser redactor. En Méjico dirige las revistas *Castillos y leones* y *Rojo y gualda*. En 1920 vuelve a España por un período de tres años. Después regresa a tierras mejicanas y posteriormente vivirá en Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo. De vuelta en Méjico, fijará de nuevo su residencia por espacio de treinta años hasta que retorna a Porceyo (Gijón), donde fallece en diciembre de 1982, a la edad de 93 años<sup>1</sup>.

---

(1) Para conmemorar el centenario de su nacimiento el Instituto de Estudios Asturianos, con la colaboración del ayuntamiento gijonés celebró una serie de actos en los que se rindió homenaje al escritor asturiano, «poeta de tres mundos, tres mares y tres cielos», como dijo en aquella ocasión Francisco Tuero Bertrand.

La personalidad literaria de Camín, por tanto, sólo puede ser entendida teniendo muy presentes los orígenes regionales que nutren constantemente su producción literaria y periodística y las vicisitudes de su azarosa vida, en la que alternan, tornadizas e informales como casi siempre, la fortuna y la adversidad:

... fui errante como sombra sin dueño  
por todos los caminos de triunfo y de fracaso.  
(...) Perdí, volví a perder, di comienzo a otra vida,  
La mano sobre el pecho para tapar la herida.<sup>2</sup>

Como señala Álvaro Ruiz de la Peña en *Introducción a la literatura asturiana* la añoranza de la tierra natal se convierte constantemente en materia poética<sup>3</sup>:

Alfonso Camín es, de toda la pléyade de poetas que escriben en la década del cuarenta, el representante más genuino de una poesía que hunde sus raíces en la tierra asturiana; los versos de Camín remiten inalterablemente al paisaje que los inspira, rebosan de él, en un difícil y continuo juego superador del cliché y el tópico poéticos, tan tentadores para otras plumas menos vigorosas y auténticas.

La emigración de su mocedad, el hambre, la cárcel y el desarraigo de los primeros años en Cuba quedan reflejados en la segunda parte de sus memorias —*Entre palmeras*—, como habían quedado su nacimiento y su niñez en la primera parte, que lleva el título de *Entre manzanos*<sup>4</sup>. Esta emigración tiene un efecto decisivo en la orientación de la obra caminiana y a ella recurre como motivo poético de muchos de sus versos:

Yo soy la raza errante, mi signo andar y andar...  
Un árbol trasplantado que no olvida su heredad<sup>5</sup>

(2) Del poema «Lo que traje de España», aparecido en el n° 136 de *Norte*, revista mensual fundada por Camín en Madrid en el año 1929.

(3) Vid. Á. Ruiz de la Peña, *Introducción a la literatura asturiana*, Biblioteca Popular Asturiana, Oviedo, 1981, pág. 234.

(4) El primer tomo de sus memorias fue editado en Méjico por la revista *Norte*, en el año 1958. En 1979 fue reeditado por el Ayuntamiento de Gijón.

(5) Del poema «La raza errante», aparecido en el n° 136 de la revista *Norte*.

Pero dada su dilatada producción, nos hemos limitado en este breve artículo a revisar algunas de las obras que más interés pueden tener a la hora de analizar las relaciones de Camín con su tierra; obras en las que refleja sus antecedentes regionales, la nostalgia de la patria, fecunda fuente de inspiración para Camín, nostalgia que se convertirá en su «lanza estética» como afirmó Fernández Arrondo en el periódico cubano *El diario de la marina*. Y es cierto que la tierra natal se asoma a muchos de sus versos, revivida y reconstruida desde la evocación. *Tonadas en la neblina* lleva por título una de sus obras dirigida a los expatriados que, como él, tuvieron que recorrer el penoso camino del exilio. Obra profundamente evocadora y llena de añoranza en la que se recogen algunos poemas llenos de desesperanza y de pena reprimida.<sup>6</sup>

Es también el profundo y casi reverencial fervor a su tierra el que marca el rumbo de su inspiración e impulsa las páginas de *De la Asturias simbólica*. El dolor de la separación de su región natal, convertida, de nuevo, en asunto lírico preferente, estimula su instinto poético y espolea su entusiasmo:

Delante, la aventura de lo desconocido,  
Y el trasatlántico, que sabe de la fantástica ciudad,  
Como fantástica ballena, con dirección al infinito,  
Sobre la azul inmensidad...  
¡Detrás, la aldea sumergida, como una virgen en las nieblas,  
delante, siempre la esperanza, en el eterno más allá.<sup>7</sup>

(6) De la amplia producción caminiana hemos seleccionado las siguientes obras:

En poesía: *De la Asturias simbólica*, edit. Renacimiento, Madrid (en el ejemplar que hemos manejado no figura el año de publicación).

*Poemas del destierro y nuevo romancero asturiano*, edit. Norte, Méjico, 1942.

En novela: *La Carmona*, edit. Renacimiento, Madrid, 1926.

Cuentos: *El gallo de Mateón*, Edit. Revista Norte, Madrid, 1933.

Historia: *De Estrabón al rey Pelayo. Contribución de Asturias a la formación de la nacionalidad española*, Biblioteca asturiana, Méjico, 1944.

Revistas: Hemos consultado los números de la revista *Norte* que están depositados en el Archivo Histórico Provincial de Oviedo, así como los sumarios selectivos extraídos de las revistas *Ambos mundos* y *Norte* (o *Cuatro vientos*, segunda época de *Norte*).

(7) Del poema «Lo que traje de España», *Norte*, n° 136.

Por sus versos transita arraigadísima una visión intuitiva y observadora de buen hijo de su tierra. Asturias, su paisaje rural, sus tradiciones y su gente son sometidos a una constante reelaboración poética, que los invoca y los sugiere a cada instante.

De combativa voluntad y gran dinamismo, Camín abandona en ocasiones estos tonos melancólicos y recurre a la palabra como reactivo para despertar conciencias y, acaso, para modificar conductas. Así en el prólogo de su obra *Poemas del destierro y nuevo romancero asturiano* advierte que es un libro «contra los tiranos, contra bandoleros de honras, vidas y hacienda, contra los asesinos del espíritu...» Y comienza con una acusación implícita:

Para los enemigos de la libertad, de la independencia de los pueblos  
y de los Derechos del Hombre —no de los derechos de la bestia y de la  
fuerza bruta— este libro es completamente inactual.

Pero Camín no llama a la insurrección, sino a la paz y no parece transigir en lo que considera ha de ser la misión reconciliadora y pacifista del poeta:

En vano los poetas  
Gritamos al soldado:  
— ¡Haz de la bayoneta rejas para el arado!  
Los pueblos siguen siendo siervos con bayonetas.<sup>8</sup>

Como vemos, en Camín, cultura popular y patria se convierten en ideales poéticos. El poeta exiliado conserva y transmite sentimientos evocadores de pueblos y paisajes asturianos que dan nombre a sus poemas: «Perlora», «Peña Tú», «Artedo», «El Musel», «Las cuevas de Candamo», «El monte Pajares», «Santa Marina de Llanes», «Cabrales», «Covadonga»... Pueblan sus versos los astures de Pola de Somiedo, los vaqueiros de alzada o los niños de los mineros. Costumbres y festejos como los huevos pintos o componentes tan familiares y caracterizadores de la cultura asturiana como los hórreos y las pane-

---

(8) Del poema «Otra vez», recogido en *Poemas del destierro y nuevo romancero asturiano*.

ras, la manzana y la sidra, son utilizados por Camín, quien los incorpora de manera emotiva en pública confesión de su asturianía, convirtiéndolos más allá del simple tópico —a veces, cayendo inevitablemente en él—, en rasgos que definen en buena medida la identidad de un pueblo.

También en *La danza prima y Nuevos poemas* (1954), prologado en su primera edición por José María Álvarez Posada (Celso Amieva), Camín vuelve a nutrir sus versos de paisajes asturianos, en un canto emocionado escrito a la patria desde tierras mejicanas. Poseía una notable desenvoltura para la versificación, aunque esa facilidad no siempre fue buena aliada del poeta ya que a menudo el resultado creativo del verso improvisado presenta muy desigual factura. Como señala Martínez Cachero, Camín cae a veces en cierta «profusión palabrera»:

Obra poética abundantísima, más extensa que variada tanto en temas como en técnica fruto de una gran facilidad versificadora para la que cualquier motivo y momento constituían posibilidad beneficiable. Pero la facilidad es mala musa cuando el poeta que la posee no acierta —porque no quiere, o porque no sabe— a vigilarla merced a una conciencia autocrítica exigentemente seleccionadora...<sup>9</sup>

Desde que en 1929 publica *Adelfas*, su primera obra, la personalidad literaria de Camín, inquieta y productiva, le llevó a probar fortuna en otros géneros además de la poesía. Escribió numerosos relatos breves agrupados más tarde en un libro que lleva el título de *El gallo de Mateón*. En realidad no se trata de cuentos en el sentido estricto, sino de historias de reducida extensión, de ambiente y tema asturianos. Se manifiesta en ellos nuevamente la habilidad descriptiva y la capacidad de observación y detalle que definen el temperamento literario del poeta de Roces.<sup>10</sup>

(9) Vid. J.M<sup>a</sup> Martínez Cachero, «Alfonso Camín, un poeta modernista», *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, n<sup>o</sup> 136, págs. 671-681.

(10) Bajo el título *El gallo de Mateón* se agrupan un total de veintisiete cuentos de tema asturiano. Entre ellos: *El crimen de Amiguín*, *Chirola*, *Manín de la Cotilla*, *Pepe Taco*, *Xuan de Perico*, *El miedo*, *Las ideas de Juan de Pin*, *El gochu de Antón* y *El Caretu*.

No pretendemos hacer aquí un análisis formal exhaustivo de estas narraciones como producto de un género literario perfectamente caracterizado por una serie de elementos funcionales —suceso único, brevedad, tratamiento narrativo, personajes, tensión y efecto final—. Sólo echaremos una rapidísima mirada a los relatos de Camín, relatos que casi en su totalidad están circunscritos al ámbito rural asturiano y se inspiran en sucesos insertos en el universo de una realidad en apariencia intrascendente. Nuevamente son la tierra y la gente asturiana sus principales motivos de inspiración, aunque Camín abandona aquella nostalgia idealizadora, y como tal, deformadora y selectiva, que observábamos en sus versos, matizando y aumentando su capacidad crítica al proponernos sugerentes comentarios sobre la vida campesina:

El horizonte aldeano es limitado y, entre la niebla de los montes, que a veces también se cuelga en la frente, no pueden salir las almas muy generosas.<sup>11</sup>

Camín se aproxima —sin intención excesivamente analítica— a los rasgos que conforman el carácter astur y sabe plasmarlos sucinta pero magistralmente. Pone en evidencia ese poderoso instinto narrativo con el que de cuando en cuando nos sorprende y con breves e ingeniosos trazos en la presentación de sus personajes consigue caracterizarlos de manera decisiva, combinando con brillantez epigramática agudeza y sátira:

Andarola era un calzonazos. Tenía la cara inflada de celuloide, una boina como una seta sobre los pelos rizados, una frente apenas visible y unos ojos bobalicones, de mirar tardío, color de cielo en llovizna. (*Andarola*)

Exhibe el autor, una vez más, su talento retratístico y caricaturizante en el cuento titulado *Bernardón*, manejando con soltura inusual los elementos que le brindan el humor y la ironía:

---

(11) Contrasta esta opinión con los versos del poema «Margarita», recogido en *De la Asturias simbólica*, versos de resonancia horaciana que recuerdan la famosa «Oda a la vida retirada» de Fray Luis de León:

«Vámonos hacia el campo, Margarita, / lejos de los llamados hombre civilizados; / lejos de la maldita/ ciudad, y del color cosmopolita».

Bernardón era alto y fuerte como el «pegollo» de un hórreo. De cara redonda y dura como el fondo de una errada. El cuello corto, de novillo que no ha tirado del carro; zancas de potro leonés, un talento cuadrado y en bruto, como los sillares que salían de las canteras del contorno para poner dique al mar en el puerto asturiano. (...) Traidorzuco y villano, cobarde y ladrón. Un producto de la piedra y de la ortiga.

El paisaje humano de los cuentos de Camín es variopinto: desde «mozas garridas de piernas rollizas y cuerpos recios» como la Rufa en *Los huevos pintos*, a mujeres «con fama de brujas, medio parientas del diablo», como Pepa Cotilla, o la mujer del jorobado Tiratacos —«con genio de tormenta y agrio perfil de bruja entre remiendos»—.

No menos variada es la galería de personajes masculinos: Atilano, el castrador más famoso que se conocía desde Pajares a Peñamellera, o el lampiño y endeble Manín de Cotilla, o Juan de Pin, «más liberal que Riego y más republicano que Salmerón». No falta tampoco el tópico del asturiano malhablado y blasfemo pero generoso, personalizado en Juan Cibiella. Aunque son personajes de carácter marcadamente popular, levemente esbozados con elementos caricaturescos y elementos humanizadores que suavizan el tono satírico, en ocasiones adquieren un relieve tal, que acaban convirtiéndose en el eje fundamental del relato, polarizando la atención del lector en vez de servir únicamente como cauce o soporte narrativo de la acción. Camín no recurre a procedimientos excesivamente efectistas para poner fin a sus narraciones, sino que se sirve del sarcasmo y de la ironía como sustitutos del efecto final con el que se termina la tensión acumulada a lo largo de todo el relato.

Camín escribió tres novelas de ambiente asturiano: *La moza del castañar* (1923), *La Carmona* (1926) y *La pregonada* (1932). *La Carmona*<sup>12</sup> desarrolla de manera efectiva y sin excesiva complicación argumental un drama de amor y venganza. Nos presenta el clásico triángulo amoroso: El Pintu de Contrueces y Juan

(12) *La Carmona*, Edit. Renacimiento, Madrid, 1926.

de Colás se disputan el cariño de La Carmona, «molinera garri-da, con algo de gitana y de lobezna, atropelladora de hombres», «la Eva nacida entre rocas». «¡Dominar!, ¡Dominar! Era su lema, su torvo pensamiento» —dice Camín—. Pero la historia termina en sangre: una cruz —«como un altar de peregrinos, como símbolo tosco de otro calvario campesino»— se levanta en el Pradón, donde reposan los restos de Juan de Colás, muerto cobardemente y a traición por el Pintu de Contrueces. Finalmente, la tragedia también se cebará en la Carmona y el Pintu y cuando apenas habían pasado dos años de su boda, ambos son encontrados muertos en el molino —«la casa de la pasión, el breñal donde el diablo y la belleza tuvieron la más brusca batalla»—. Así murió el Pintu «que juzgaba a la mujer cosa de conquista, botín de un momento, carne de esclavitud sobre la tierra».

En la presentación de los personajes vuelve Camín a lucir su habilidad descriptiva, su pericia para, de un modo casi sintético, realizar un preciso retrato de sus criaturas. Por las páginas asturianas de la novela de Camín desfila un nutrido grupo de personajes que contribuyen a perfilar de manera coherente el ambiente humano de la obra. Entre ellos: el Padre Martínez —el cura «rudo de frase y de andares, largo de mano, generoso de ánimo, corto de palabra»—; o el Felguerosu —«un charlatan-zuelo, entre señorito y aldeano, cobarduco y faltón, que tenía una mina de hierro en el pueblo de San Martín»—; o Pepa Pondala —«una buena jamona, en el crepúsculo de la vida, ancha de talle, gruesa de pierna y brazo, a quien su marido había abandonado cuando era joven»—.

Si el paisaje humano está breve, pero justísimamente retratado con los rasgos distintivos que le confieren carácter, el ambiente rural en el que se encuentran confinados está descrito con pareja maestría. Son frecuentes en la obra las referencias a escenas costumbristas como la de la «esfoyaza» o la del «magüestu», cuya descripción no está exenta de ese humor caminiano tan característico:

Sobre la llama roja del llar ponen la cantimplora especial para el magüesto. Una cantimplora llena de agujeros. Dentro, azuzadas por el fuego, se quejan las castañas. Algunas, poco resignadas, gustan de espantar a los concurrentes saltando hasta el techo de la cocina, en medio de un estallido que más parece cosa de trabuco que agonía de castaña pilonga.<sup>13</sup>

Entre estampas de costumbres y mientras se desarrolla la trama, no desperdicia Camín oportunidades para ejercer de poeta-filósofo, introduciendo su particular visión del alma campesina:

Las almas de los campesinos son como rocas. Impenetrables para las barreras del código. Inmutables como las aldeas en la noche. Como los caminos en la soledad. Sin más testigos que Dios. Sin más página escrita que la que escribe el silencio.

Salpican la obra abundantes referencias concretas al carácter agudo, festivo y satírico del asturiano: «el asturiano es de la familia del epigrama», dice uno de los personajes caminianos. El narrador aporta personalísimos juicios de valor sobre particulares virtudes y vicios asturianos:

En ninguna parte, ni siquiera en Nueva España, se admira más el valor personal que en las aldeas de Asturias. Se le perdona al hombre que sea borracho, que falte al trabajo tres días a la semana. Pero que sea cobarde o ladrón no se le perdona.

Encontramos también veladas alusiones al sentimiento religioso popular, vinculado en ocasiones a ideas más tangibles que las puramente espirituales y, a veces, suplantado por ellas:

Un cristo asturiano tiene que andar a palos por las mozas. Si no, se le tendrá el respeto que se le tiene al Cristo. Pero no se le tendrá la pasión, el hondo fervor romántico que se le tiene al mozo que murió en la Cruz del Pradón.

La inquietud de Camín le llevó a probar fortuna en otros campos no estrictamente novelísticos o poéticos, cultivando el género histórico con la obra *de Estrabón al rey Pelayo*, publicada

---

(13) *La Carmona*, pág. 59.

en Méjico en 1944.<sup>14</sup> En esta obra Alfonso Camín intenta examinar, desde un punto de vista estrictamente histórico, en qué medida contribuyó Asturias a la formación de la nacionalidad española. No se limita, sin embargo, a relatar sucesos, sino que, dotado de un agudo sentido crítico, enjuicia y sentencia, rechazando expresamente las explicaciones con las que se suele justificar algún hecho de nuestra historia como un *prodigio divinitus facto*. Así, a propósito de un pasaje de la *Historia general de España* en la que Alfonso X atribuye la victoria de Don Pelayo a la ayuda de Dios, Camín advierte:

Esto de ampararse en las cosas de Dios para toda negación o afirmación terrena, resulta asunto muy cómodo especialmente para rehuir la responsabilidad de la Historia. La fe hace milagros. Pero la fe tiene que ir asistida de las armas, del brazo, de la decisión y del entendimiento.

La historia aunque para Unamuno fuese el arte de profetizar el pasado, no se inventa. De ello parece estar convencido Camín cuando en la parte preliminar del libro reclama seriedad y reflexión a la hora de abordar el tratamiento de los estudios históricos:

En estos achaques de la historia no es posible valerse del ingenio, ni de la imaginación a caballo. Es menester valerse de lo autorizado por hombres de la época o recogido, más adelante, por el escritor reflexivo. Lo que no quiere decir que el trigo por muy antiguo, sea todo sagrado y bueno, aun teniéndolo a conservación en el silo de los tiempos.<sup>15</sup>

Alfonso Camín, transformándose voluntariamente en aplicado exégeta, aporta inteligentes y oportunos juicios, poniendo su acento personal aquí y allá, evitando, así, el tono grave y severo que suele presidir este tipo de estudios. Nuestro autor encuentra en este campo terreno propicio para bucear en los orígenes del carácter astur, convirtiéndose en ocasiones en apo-

---

(14) Ese mismo año publica otra obra de carácter histórico-biográfico titulada *El adelantado de la Florida*, y al año siguiente, en 1945, la biografía del navegante y cartógrafo español Juan de la Cosa.

(15) *De Estrabón al rey Pelayo*, págs. 121-122.

logeta de su tierra y de su gente. En este sentido, señala, refiriéndose a un pasaje en el que el historiador y geógrafo griego Estrabón alude al carácter huraño de los astures:

Respecto a la hurañía de la que escribe Estrabón, aún hoy es innata en la mayor parte del asturiano contemporáneo. Más tómesese ello porque, lo mismo el cántabro que el astur son gentes centrífugas, orgullosas y recatadas, sin el vicio de la exhibición y de la teatralidad. Siente pudor de sí mismo el astur y lo siente el cántabro. Es autor y no actor.<sup>16</sup>

En ciertos momentos, al recibir el estímulo adecuado, su vigoroso espíritu regionalista, sugerido otras veces de manera matizada, deja paso a un entusiástico patriotismo:

... los asturianos para comenzar la restauración de España no fueron asistidos de godos ni de otros españoles, sino de su propio esfuerzo y resolución. Y esto es de creerse, porque donde hay un astur existe una voluntad conspiradora, donde hay dos, una guerrilla, donde hay tres un ejército y donde hay una asamblea hay una nación.<sup>17</sup>

El examen de cualquier acontecimiento histórico sirve a Camín para introducir comentarios o incisos como las referencias al ya clásico enfrentamiento entre gijoneses y ovetenses, que hace remontar a la época en que Don Alonso, conde de Gijón, se enfrenta a Don Enrique el Doliente, a quien ayudan los hijosdalgo de Oviedo:

Es cosa notable la rivalidad que existió siempre entre Gijón y Oviedo, entre la capital y el puerto. Estas luchas de vasallos y señores en el tiempo de Enrique el Doliente (...) siempre han sido tradicionales y lo mismo en las clases corrientes que en las distinguidas, se prolongan hasta el primer tercio del siglo XX.

Curiosa es la explicación que propone como posible causa del cese de la rivalidad entre las dos ciudades:

Con la muerte de la gaita y la invasión del organillo callejero por villas y praderías se apaciguaron mucho estas discrepancias entre las dos ciudades. La cultura urbana, más que la cultura esencial, contribuyó a

---

(16) *De Estrabón al rey Pelayo*, pág. 84.

(17) *Ibid.*, pág. 122.

borrar esas diferencias y hoy Gijón y Oviedo se abrazan de fiesta en fiesta y de domingo en domingo.

Las referencias casi constantes de Camín a su región natal, a los escenarios y a las gentes de Asturias suelen ir más allá del cliché costumbrista, porque sabe escindir del tópico socorrido, lo que es verdaderamente identificador de una cultura, lo que es componente genuino superando el folklorismo superficial y vacío.

Pero Alfonso Camín, emigrante y exiliado en Hispanoamérica, no podía limitarse a añorar la tierra propia o a escribir de ella lejos de ella. Es en Cuba, en Puerto Rico y en Méjico, los países que lo acogieron, donde Camín se convierte en descubridor de sus raíces y de sí mismo. Allí hace suyos ritmos, cadencias, aires y palabras de los pueblos que va conociendo durante su accidentada vida. Por eso es considerado también el precursor de la poética negra o afroantillana. Aunque ya desde 1925 habían empezado a aparecer en distintas revistas literarias poemas suyos de temática negrista, la estilización definitiva de esa poética se consumará con sus obras *Carey* y *Maracas*.<sup>18</sup> Fue, quizá, su papel de iniciador de esta corriente el factor que más contribuyó a ensombrecer el mérito del resto de su producción literaria. Pero como hemos visto en este rápido repaso, gran parte de la obra caminiana tiene tono y raíz populista, es un producto genuino de la tierra y de la raza. Pero ¿dónde está la raza? Se pregunta Camín en las páginas editoriales de un número de *Norte*.<sup>19</sup> Y él mismo se contesta «donde existan la comprensión, la cultura, el sacrificio y el desinterés». Porque para el poeta asturiano la raza es la presencia de una cultura y de una historia, la fe en los destinos de un

---

(18) En 1926 aparece el poema «La guitarra de los negros» del uruguayo Idefonso Pereda Valdés. Años más tarde, en 1929, publicará «La raza negra» y una antología de poesía negra.

(19) *Norte*, n° 69, año IX, 1941. Camín mantuvo por aquella época una encendida polémica con Antonio González Muñiz a raíz de la publicación en 1940 de *Águilas de Covadonga*.

pueblo, la defensa de la geografía territorial y la prolongación de la espiritual con la sangre y con la pluma.

Señalábamos al comienzo de este artículo la necesidad de mantener en nuestra memoria literaria el nombre de Alfonso Camín, cantor encomiástico e incondicional de su asturianía, que concibió la patria en la distancia como una suerte de arriadero en los malos y en los buenos tiempos. Alfonso Camín Meana merece nuestro reconocimiento no sólo por la fecundidad de su producción —inevitablemente desigual en cuanto a calidad se refiere— sino también porque se identifica con su ámbito autobiográfico en un intento de recuperar la memoria de esa patria perdida. Asturias se convierte, así, en un elemento inspirador del que Camín no pudo ni quiso prescindir porque lo contrario habría supuesto renunciar a una parte profundamente ligada a sí mismo: las propias raíces.

ISABEL IGLESIAS CASAL  
*Universidad de Oviedo*